

TAPIA Y RIVERA, ALEJANDRO DE (1827-1881)

"ADIÓS AL BUEN TIEMPO"

ÍNDICE:

UNA AUSENCIA

A ELENA

(Madrigal)

UN RAYO DEL CIELO

UN AVE ERRANTE

(Canción)

LA HOJA DEL YAGRUMO

(Trova puerto-riqueña)

A MI NOVIA DE AÑO NUEVO

Romance

A GOYITA

ENVIÁNDOLE UNA PIÑA

(Trova puerto-riqueña)

HIMNO-SALVE A LA VIRGEN DE LA PROVIDENCIA

A MI MADRE

MÁLAGA Y GIBRALFARO

Romance dedicado al Círculo científico, literario y artístico de Málaga

AL DIGNO Y SABIO INTENDENTE DON ALEJANDRO RAMÍREZ

EL ÁNGEL DEL AMOR

AL INSIGNE POETA BUCÓLICO BERNARDO DE BALBUENA

Enterrado en la Catedral de la ciudad de Puerto-Rico

ROMANCE

Las lágrimas del Loisa

A UNA SEÑORITA

(En su álbum)

LOS OJOS DE...

A UNA DAMA

(En su álbum)

GLOSA

SUS OJOS

LA PLEGARIA DE UNA VIRGEN

Elena

GUAMANÍ

A mi buen amigo Andrés S.

(Trova puerto-riqueña)

AL NIÑO ALFREDO DE H. Y R.

A MONTE EDÉN
A UNA «DAMA DE NOCHE»
UNA LIMOSNA
ÁNGEL TÚ... YA NO
EL ÚLTIMO BORINCANO

UNA AUSENCIA

¡Oh! ¡cuán triste se queja el alma mía!
Si la mañana hermosa
con su rosado velo,
con plácida armonía
me saluda al subir al alto cielo,
por mi amante deliro
y saluda a la aurora mi suspiro.

Si la tarde apacible
con su franjado cielo bonancible
risueña me corona,
y si arrulla mi frente
con deleitoso y perfumado ambiente,
me contristo también, porque mi alma
no halla sin ella la apacible calma.

¡Si la noche serena,
de paz y encanto llena,
me halaga cariñosa,
si luz vierten radiosa
los astros que se encumbran,
en vano piden luz mis tristes ojos,
sus ojos no me alumbran!

¡Cuán dichosos aquellos que en la ausencia
del hado hallan clemencia
y ven do quiera la mujer querida;
en tanto que a mi queja dolorida
responde soledad muda y eterna!
Su imagen pura, su memoria tierna
son recuerdo no más, ilusión vana...

Deliciosa mañana,
encantadora tarde, noche fría,
¡oh! ¡cuán triste se queja el alma mía!

A ELENA

(Madrigal)

Colúmpiase en el valle una azucena
tan pura y tan galana
como de abril la cándida mañana.
El zumbador que la enamora tierno
de su pudor y su beldad celoso,
no se atreve a libar en su corola
el néctar delicioso;

--

del sustento es priva
porque lozana y candorosa viva,
y muriera contento
gozando los perfumes de su aliento:
encantadora Elena,
yo soy el zumbador, tú la azucena.

UN RAYO DEL CIELO

Tus ojos me miraron
y en bello oriente,
un astro me mostraron
resplandeciente.

Pagó tu labio bello
mi amor sumiso,
y el astro fue destello
del paraíso.

Más en vano encendiste
mi grato anhelo,
y a la tierra trajiste
la luz del cielo,

si en breve has apagado
mi sol querido
y en sombras me ha dejado
tu yerto olvido.

UN AVE ERRANTE

(Canción)

¿Hacia dónde tu vuelo
diriges, ave triste?
¿Quizá, ay de ti, perdiste
la prenda de tu amor?
¿O acaso el árbol bello
donde guardaste el nido,
el hacha ha destruido
o el fuego abrasador?

Tu canto que allá un día
sonaba placentero,
su acento hoy lastimero
al bosque llevará;
que solo es el recuerdo
de dicha ya perdida,
que un eco a voz querida
en vano pedirá.

Cual tú, también yo cruzo
los aires con mi vuelo,
cual tú también anhelo
e ignoro lo que soy;
también ha muerto el árbol
de mis queridas glorias,
de lúgubres memorias
huyendo cual tú voy.

También lloran mis ojos,
y mi palabra ansiosa
se pierde dolorosa
las nubes al cruzar,
mi mente en las tinieblas
se pierde del destino,
cual tú, yo sin camino
me entrego al vago azar.

¡Ah! nuestra noche, oh ave,
es triste y solitaria,
¡cuán vaga es la plegaria

de nuestra soledad!
¿Y qué será de entrambos
en nuestra marcha errante,
cuando su voz levante
la negra tempestad?

LA HOJA DEL YAGRUMO

(Trova puerto-riqueña)

Yo vi los negros ojos
de una trigueña,
cuando iba hacia los montes,
a cortar leña:
¡ojos de fuego!
Sentí que me dejaban
de amores ciego.

Seguí triste y turbado
por mi camino,
dejando a mis espaldas
perdido el tino;
sin pensamiento,
como la hoja que lleva
volando el viento.

Llegado que hube al monte
me eché en el suelo,
al pie de la arboleda
que cubre el cielo,
y allí en la calma
busqué paz y contento
para mi alma.

Y era la primer hora
de hermoso día,
mil pájaros la daban
su melodía,
y suspirando
vagaban por los aires
su amor cantando.

A la par que un pintado
bello sinsonte,

risueña flor del aire,
cantor del monte,
con voz parlera
dio comienzo a su trova
de esta manera:

«Escuchad, pajarillos,
que amáis cantando
de arbusto en arbusto
cantáis saltando,
no en el Yagrumo
poséis el raudo vuelo:
su amor es humo.

»Escuchad pues la historia
que he de contaros,
y su ejemplo os enseñe
de él alejaros,
y con cautela
a correr tras la dicha
que el alma anhela.

»Aunque es bella y lozana
la flor de amores,
tiene crueles espinas
cual otras flores;
si tenéis dudas
probadlo y sentiréis
penas agudas.

»Que la hembra al varón dice
y él a la hembra,
¡guay de aquel que en vosotros
cariño siembra!-
¡Pobres humanos!
¡se olvidan de que todos
nacen hermanos!

»Hubo un tiempo, avecillas,
que dos amantes
en su amor se juraron
vivir constantes
y de sus almas
los votos presenciaron
ceibas y palmas.

»Poco tiempo vivieron
los dos amados
sin que su ser turbasen
fieros cuidados,
porque la ausencia
muy presto vino a herirles
con su inclemencia.

»¡Contratiempo maldito!
¡ausencia cruda,
que pensar y aficiones
traidora muda!
Los dos mudaron
y su amor y suspiros
pronto olvidaron.

»Amor por castigarles
su falta insana,
convirtió en vanos leños
su forma humana;
y fue el Yagrumo
la forma que tomaron,
según presumo.

»Mirad cómo sus hojas
el viento leve
sin cesar, de continuo
las cambia en breve,
y el tronco ufano
un corazón encierra
frágil y vano.

»Que en los campos reinaba
perseverancia,
y solo entre los hombres
vivía inconstancia,
y la trajeron
y las plantas y flores
la conocieron.

»Desconfiad del Yagrumo,
que en los amores
la confianza muy ciega
cuesta dolores;
y al soplo leve,
del Yagrumo la hoja

se cambia en breve»-.

Terminó así el sinsonte
la trova grata,
y alejose volando
de mata en mata;
y pensativo
a cortar yo mi leña
comencé activo.

Y a los golpes del hacha
-¡Ay! repetía,
guarda tus negros ojos,
trigueña impía.
¡Ojos de fuego!
volvedme mis amores
que no estoy ciego.

Y a los golpes de mi hacha
de esta manera
derramaba mis ayes
en la pradera;
y así cantando
llegó la tardecita
solaz brindando.

Puse al punto los haces
sobre la espalda,
y en pos de mi casita
trepé una falda,
do hallé muy luego
a la hermosa trigueña
de ojos de fuego.

«La mujer es Yagrumo
cuya hoja aleve,
el más ligero soplo
la cambia en breve»
y así diciendo
yo pasé sin mirarla,
de amor huyendo-.

EL BARDO

Mas luego pasó el tiempo
y en cierto día
el leñador ¡incauto!
ya no la huía;
y del sinsonte
por no oír los cantares,
no volvió al monte.

La trigueña era hermosa,
de ojos de fuego,
y él con ciegos amores
volvió a estar ciego:
no vio que aleve
del Yagrumo la hoja
se cambia en breve.

A MI NOVIA DE AÑO NUEVO

(Romance)

Zagala de estos valles
nacida entre las flores,
el genio de año nuevo
amable sonrieme.
Envidia os doy, campiñas,
envidia os, doy, oh bosques,
que es mía vuestra reina,
la reina de las flores-.
Zagala venturosa,
si por el valle corres,
creerán los pastorcillos
que tu beldad conocen,
que primavera grata
ogaño se dispone
a derramar festiva
su encanto y sus primores.
Y ¿acaso no le prestan,
tu voz gratos rumores,
tus ojos luz hermosa,
tus labios arreboles?
Si en tu cabaña alegre
te guardas y te escondes
¿qué dejas a los campos
zagalas y pastores?

En vez de la zampoña
que con festivos sonos
alegra en las majadas
las campesinas noches;
tan solo habrá plañidos,
tristísimas canciones,
veladas sin encantos
y ensueños turbadores.
¡Ah! que el Abril hermoso,
zagala, te corone,
graciosa novia mía
nacida entre las flores.
Del prado los almendros
que tu morada esconden,
florezcan a tu vista,
risueño sol de soles.
En su ramaje verde
lasavecillas posen,
y el himno de tus gracias
con voz meliflua entonen;
y el viento entre sus hojas
murmure dulce el nombre
del ser que venturoso
disfrute tus amores.
Yo, bardo de tus gracias,
seré feliz si entonces,
en medio del encanto
de aquel amado nombre,
en tu amistoso pecho
benigna y dulce acoges
la voz que a ti consagra
su cántiga hartopobre.
Envidia os doy, campiñas,
envidia os doy, oh bosques,
que es mía vuestra reina,
la reina de las flores.

A GOYITA...

Enviándole una piña

(Trova puerto-riqueña)

Goyita de mi alma,
de ti distante,

el dolor atormenta
mi pecho amante.
¡Ah! ¡quién pudiera
recibir en tus brazos
la muerte fiera!

Que para mí más grata
ella sería,
que lo es de ti ausente
la vida mía.
Es la ventura
el vivir y no verte,
dulce hermosura!

Buscando aquí un presente
que consagrarte,
no encuentro nada propio
que regalarte;
que en mi pradera
todo muere Goyita
si tú estás fuera.

Hay una planta sola
verde y lozana,
gracias a que la riego
tarde y mañana;
yo la cultivo
porque es de ti memoria,
retrato vivo.

Da una fruta más dulce
que el pan de abejas,
y en lo dulce parece
de amor tus quejas;
tu grato aliento
remeda su perfume
que aroma al viento-.

Goyita, es una sola
la que te envió,
nacida en mis vergeles
por el estío.
El sol la dora
que es de todas las frutas
reina y señora.

Su verdor y dorado
no es tan hermoso,
como aquel de tu labio
carmín precioso;
y en la campiña
no hay fruta más sabrosa
pues es... la piña.

¿Recuerdas aquel día
Goya amorosa,
en que piña me daba
tu boca hermosa;
y sin tu agravio
tomaba yo la piña
que había en tu labio?

No sé si la que ahora
mi amor te envía,
habrá de ser tan dulce
cual la de un día.
¡Ay! ¡si pudiera
tomarla de tus labios
aunque muriera!

HIMNO-SALVE A LA VIRGEN DE LA PROVIDENCIA

CORO

Dios te saluda, oh María:
trajiste a la tierra amor
y el hombre en su desamparo
«Providencia» te llamó.

--

Llena estás de eterna gracia,
flor preciosa
y amorosa
que el eterno cultivó;
y cuando a la tierra fuiste
enviada,
perfumada
para siempre ella quedó.

El Señor está contigo:
su clemencia

y alta esencia
te dio, virgen inmortal;
bendita entre las mujeres,
la más bella,
cual estrella
luz y norte celestial.

Y bendito ha sido el fruto
venturoso
que amoroso
al mundo anunció Gabriel,
pues con su sangre querida
y su cruz y
su luz
nos redimió de Luzbel.

Si los ángeles te cantan
melodías,
que alegrías
dan a tu egregia mansión;
ángeles somos nosotros
por ti amados,
¡desterrados!...
Danos pues tu bendición.

A MI MADRE

Oh sol de mi niñez, madre querida,
que te ocultas en nubes de pesares,
los ecos de mi alma entristecida
lleve hacia ti la brisa de los mares.

No muevo el arpa a melodioso canto
por seguir el fantasma de la gloria,
cada son es la gota de este llanto
que consagro a tu plácida memoria.

Si lleno de pesar mi triste pecho
su llanto no vertiera en este día,
a mis penas el alma cauce estrecho
en mares de dolor se anegaría.

Si yo culpable fui o si he sembrado
de crímenes la tierra que me abriga,

o al cielo en su justicia he provocado
¿porqué, oh madre, porqué cruel te castiga?

¿Porqué sumida en la doliente ausencia
te erige sus cadalsos el dolor?
Tu delito fue darme la existencia,
¡fue tu delito tu materno amor!

¿Quién de ti me apartara, madre mía?
¿Quién ha turbado tu felice anhelo?
el que trueca en desorden la armonía,
y la paz ahuyentó del triste suelo.

El oro, sí, fue el oro mercenario
que abrojos presta al cabezal del hombre,
el oro a la ventura necesario
hasta de aquel que aborreció su nombre.

Lo buscaré, sí, madre, y la ventura
a vivir con nosotros volverá,
su tiránica ley, de la natura
los vínculos de amor no romperá.

En arras pues de bienhechores tratos
van con destino, madre, a tu sustento,
de mi primer afán los dones gratos,
son muestras de esperanza y de contento.

Que no la vanidad ni las grandezas,
ni codicias injustas, criminales,
me impulsan a soñar con las riquezas,
mis fines son, lo juro, celestiales.

La paz del corazón, el goce santo
de la familia en el honrado gremio,
el bien no individual, son el encanto
que busca el corazón cual grato premio.

¡Ah! ¡si cual ave que llevó ligera
a sus hijos las presas inocentes,
en alas de mi amor volar pudiera
o darte mis abrazos elocuentes!

Tú me diste tu sangre en alimento
en la risueña edad de mi lactancia,
hoy mi sudor, mi ser, todo mi aliento

los cuidados te pagan de la infancia.

Y aun yacen en mi pecho enrojecidas
por fuego de virtud, las bendiciones
que me diste al partir, no desoídas
se pierdan tus maternas oraciones.

Bendigo, sí, a mi vez, bendigo el oro
que así se presta a generoso empleo,
lo bendigo también si enjuga el lloro
o redimiendo al infeliz lo veo.

Mas, oh madre, ¿qué alcanzo con que vivas
si los aromas de tu amor no alcanzo?
¿qué te importan los dones que recibas
si en pos de tus caricias no me lanzo?

Adiós, oh madre, pues, ruégale al cielo
que luzca siempre su genial bonanza
y nunca el triste y nebuloso velo
nos encubra ¡ay! ¡el sol de la esperanza!

(Habana Junio.)

MÁLAGA Y GIBRALFARO

(Romance)

Dedicado al Círculo científico, literario y artístico de Málaga)

Un tiempo Granada bella
En pebeteros de plata,
Los perfumes deliciosos
Del oriente respiraba;
Una cristiana cautiva
Tan hermosa como el alba,
Daba prez con sus hechizos
Al harem que la guardaba.
Granada, la gran señora,
Tuvo celos de sus gracias,
Y del mar a las orillas
Confinola ¡pobre esclava!
Y con razón, que era bella
Como el cielo de la Arabia,

Y rendíansela esclavos
Los que una vez la miraban.
Debió llamarse cadena
De los pechos y las almas;
Más sus padres caprichosos
La dieron por nombre... *Málaga*.
La Sultana granadina,
De su corte al desterrarla,
A un noble adalid morisco
La confió para su guarda.
Era el morisco gallardo,
De una tribu de gran fama.
Venturoso en los amores,
Vencedor en las batallas;
Y según las tradiciones
Que de aquel tiempo se narran,
El mancebo granadino
«Gibralfaro» se llamaba.
No os admiréis ¡oh lectores!
Si hoy *Gibralfaro* y *Málaga*,
Una ciudad y un castillo
Con tales nombres se llaman:
Que hay misterios en la historia
Que el hombre jamás alcanza,
Y hoy es piedra y aun es humo
Lo que antaño fue arrogancia,
El mancebo vencedor
En las justas y batallas
Fue vencido por los ojos
De la cautiva cristiana;
De amor suspiró infelice,
Dio sus quejas a las auras
Que impasibles, las llevaron
A do va todo: a la nada.
En vano llamola Hurí
Digna del cielo, de Arabia
Perla, y luna y sol luciente
Y gacela y tigre hireana;
En vano la dio continuos
Testimonios de constancia;
En vano a la libertad
Del desierto la invitaba;
En vano llamola flor
Por el profeta sembrada,
Oasis grato del desierto,
Mirra preciosa del alma;

Ella insensible a la voz
Del mancebo se mostraba,
Y al moro trataba siempre
Como a un moro una cristiana

.....
Más llegaron otros tiempos
Que el mundo todo es mudanzas,
Y el guardián y la cautiva
Tornaron a suerte varia.
Para mal del rey Boabdil,
Sus amores dio Granada
A Tendilla, bravo conde
De la estirpe castellana,
Y el desdeñado Boabdil

--
Sin diadema y sin amada
Llevó su viudez y lloro
A las arenas del África-;
Bien que Granada la adúltera
Al hacerse castellana
Perdió su corona altiva
Y en vez de esposa fue dama.
Castigola así la suerte
Y dióle por reina a *Mantua*;
Pasando entonces de reina
A ser solo una vasalla;
Pero volvamos al hecho,
Que al tratar cosas humanas
Nada tienen de extrañeza
Estos cambios y mudanzas.
El mancebo *Gibraltar*
A fe renunció y a patria,
(Que el amor hace traidores
A los que postra en sus aras)
Y recibiendo el bautismo
Tuvo el amor de su *Málaga*.
Celebraron su himeneo
Las gentes de la comarca,
Dieron néctar sus viñedos
Y mil racimos sus parras
Y mil encantos sus flores
Y mil suspiros sus auras,
Y un morisco hecho cristiano,
Gran prodigio en ciencia gaya,
Al son del cairel dio al viento
La canción epitalámica.

Sin duda como memoria
Del convertido y la dama
Existen en aquel sitio
Un Gibralfaro y su Málaga

.....
Esto ha dicho un sabidor,
Moro insigne a quien las llamas
Quemaron como tenaz,
Y yo ignoro si es patraña.

¡Oh! Málaga, en tus orillas
Discurrieron de mi infancia,
Algunas horas felices,
Pedazos ¡ay! de mi alma,
Consérvolas, ciudad bella,
Por que el árbol de la infancia
Solo una vez reverdece,
Tan solo una flor da al aura.

AL DIGNO Y SABIO INTENDENTE DON ALEJANDRO RAMÍREZ

Triste la hermosa Borinquen gemía
arrastrando la mísera pobreza,
ella que el don de perenal riqueza
en sus campos feraces contenía.

El cielo que amoroso la quería
no pudo consentir en su ternura
que sufriese tan bárbara dureza,
la que el yugo del mal no merecía;

De Power escuchó la alta plegaria
(del patriótico amor grato suspiro)
y ordenó que a cambiar la era precaria

En rico bienestar, fuese Ramiro...
Ramiro bienhechor, tu noble historia
grabará Puerto-Rico en su memoria.

EL ÁNGEL DEL AMOR

Dios hizo el mundo; con su voz divina

del caos lo sacó,
y admirando su obra peregrina
se dice que la amó.

Su grandioso querer cumplido estaba
magnífico, inmortal;
pero amante, colmar aun le faltaba
su afecto celestial.

Y ante el dulce mirar de su ternura
la esfera se extasió,
y el ángel de la luz y la hermosura
en *luna* se trocó.

Y el grato aroma de su noble aliento
lanzó sobre el Abril,
y el ángel del perfume en el momento
fue *rosa* del pensil.

Y emanando su labio regalado
al ángel de la miel,
fue emblema de su néctar delicado
la dulce *abeja* fiel.

Y formó de su voz la simpatía,
un eco seductor,
y el ángel de la plácida armonía
trocose en *ruiseñor*.

Empero deseaba el Dios potente
formar un nuevo ser;
y un ángel de su Edén trajo clemente
y fuiste tú, *mujer*.

Y te ornó con diadema de hermosura,
te alzó como deidad;
dio a tus ojos mil perlas de ternura,
de gozo y de piedad.

Y emblema, oh Celia, del amor divino
te quiso el Hacedor
consagrar al benéfico destino
del *ángel del amor*.

AL INSIGNE POETA BUCÓLICO BERNARDO DE BALBUENA

(Enterrado en la Catedral de la ciudad de Puerto-Rico)

ROSANIO

¿Do yace aquel pastor, cara Belisa
que a los sonos de agreste caramillo
cantó con tono que pasmó a la brisa
tu gracia y hermosura?

¿Aquel que celebró tierno y sencillo
la campesina paz, cuya dulzura
los bosques y los prados dejó
de blanda música poblados?

«Balbuena» se llamaba
y a una voz las zagalas y pastores
que con ardor amaba,
su sien ornaron de laurel y flores.

Respóndeme, Belisa; tú que fuiste
su amable confidenta
y afectos sin afrenta
te prodigó mi bien...

BELISA

¡Ah! ¡ya no existe!
su cuerpo duerme en la tranquila fosa
de católico templo,
a *Borinquen* sirviendo de alto ejemplo.
Su tumba silenciosa
con más gozo yo viera
que en los campos humilde se ofreciera.

Entonces a la amada losa fría,
al trasmontar el día,
diéramos olorosas
diademas de amarantos y de rosas.

Sus flautas zalameras
que alegraron los valles y riberas,
yacen colgadas de *mamey* frondoso,
y al céfiro quejoso,

los blandos ecos vagos
demandan aquel son que les dio halagos.

EL BARDO

Vuestra voz escuché, pastores míos,
mis lágrimas cual ríos
de mis ojos cayeron,
pero a la voz de la verdad cedieron.

Pastores, no más lloro
si solo lamentamos su presencia;
aún nos vive su esencia
aún suena el eco de sus flautas de oro.

Por montes y por llanos
recuerdan sus cantares
el viento en los bananos,
el viento en los palmares,
la tórtola ligera,
la voz de la calandria placentera.

En ti, Rosanio, nos dejó aquel fino
y delicado amor del campesino
en la edad que da envidia
desque a la paz siguió la eterna lidia;
y en tus ojos, Belisa, cariñosos
dos versos de los suyos
de amor tiernos arrullos,
dulcísimos y suaves y ardorosos.

Borinquen lo inspiró; de sus acentos
de sus nobles y gratos pensamientos
júzgase acreedora.

Si *Balbuena* querido,
en Castilla nacido,
su nombre en sus anales atesora;
su *siglo* aquel *dorado*
en la Riqueña paz vio realizado;
y al perder de la vida el dulce brillo
llena de gratitud su alma afectuosa,
a estas selvas dejó su caramillo
y a *Borinquen* su tumba generosa.

ROMANCE

Las lágrimas del Loisa

I

En la ribera de Himanio
que hoy se llama de Loisa,
con Imperio soberano
gobernaba una Cacica.
Cual la palma era su talle,
cual la luna su sonrisa,
sus ojos de amores perlas
y sus palabras delicias.
Basta decir que a una voz
los indios que allí vivían,
la llamaban entusiastas
«La flor del Himanio viva».

Era pasado el ardor
de la cristiana conquista
y moraban castellanos
en las *estancias* vecinas.
Entre todos un mancebo
que apellidaban Mexía,
gallardo, bizarro y diestro
como el primero, en la liza,
incienso en aras de amor
quemaba en la noche y día
lanzando suspiros tiernos
por la hermosa Cacica.
Declarola sus afanes
y más hermosa que esquiva,
dio en galardón sus amores
al mancebo de Castilla.

II

Viviendo en amor unidos
dieron ayes a la brisa,
que gozosa al escucharlos
suspiraba con envidia.
¡Cuántas veces a la sombra

de alguna seiba contigua
esquivaron los ardores
de la Borincana orilla!
¡Cuántas veces la calandria,
y otras dulces avecillas
saludaron con sus trinos
sus placenteras caricias!
¡Cuántas veces las estrellas,
gratas chispas diamantinas,
fueron plácidos testigos
de su misteriosa dicha!
Empero el amante, digno
de su creencia divina,
alcanzó que ella pidiese
el agua que cristianiza.
No narraré minucioso
la ceremonia de pila,
solo diré que hubo fiestas
de mezcla asaz peregrina,
pues la *justa* castellana
mezclose al *aréito* indígena
y jugaron al *batey*
entrambas gentes unidas.
Fue Ponce, el gobernador
por las leyes de Castilla,
patrono del maridaje
de la indiana con Mexía.
Tomó por nombre la indiana,
con la sal y agua benditas,
el de Luisa, más cual noble
de prosapia distinguida
entre los indios, tomó
según la ley que regía,
el *don* que honraba a hijosdalgo
y llamose *Doña Luisa*.
Fue ciertamente el placer
el que reinó en las campiñas
cuando ante el ara se unieron
el Cristiano y la Cacica:
Él demostraba arrogancia,
ella inspiraba caricias,
y entrambos felices eran
cuanto es posible en la vida.

Más como el fiero dolor
se vela tras de la dicha,
muy presto clavó sus garras
en la pareja festiva.
Llegó la noche traidora
que entre las sombras impías
lazos oculta y puñales
y acciones que son inicuas.
Estaban los dos consortes
de gozo el alma cautiva,
sin curarse de los duelos
que a los mortales no olvidan;
cuando las voces de alarma
resonando repentinas,
anunciaron que el Caribe
los contornos invadía.
Desprendiose el castellano
de los brazos de la india
y asiendo espadón y adarga
fuese a la turba homicida.
Combatió como león,
más ¿quién de morir se libra
si despiden las aljabas
turba de flechas mortíferas?

.....
Con el furor en el pecho
a manos de la perfidia
cayó como al rudo golpe
del hacha la fuerte encina;
y arrastrado moribundo
a las aguas cristalinas
del río undoso que allí cerca
espacioso se tendía;
fue el amante sin ventura
(que en vano venció en la liza)
llevado en fúnebre marcha
a la mar, tumba infinita.

IV

La desposada llorosa
sentada en peña vecina,
las aguas, ¡ay! de sus ojos
mezcló con las claras linfas.

Vistiose paños de luto
y mirando en triste guisa
la corriente, de allí a luego
fuese al mar con su Mexía.
Desde entonces a aquel río
donde vertió la Cacica
tantas lágrimas de amor
llamaron todos «*El Luisa*».

A UNA SEÑORITA

(En su álbum)

I

El sol de la ventura
no ha dado aún a mis ojos
tu imagen; mis antojos
perciben tu hermosura,
perciben en la altura
de un ángel el destello,
de un hada el rostro bello...
para llamar feliz mi triste suerte,
ángel, hada o mujer, anhelo verte.

II

Amor me inspira el ave
del aire mensajera,
que lleva al alta esfera
como celeste nave
de amor el canto suave;
también amor me inspira
la flor que aroma espira,
y tal dicha en mi ser tu nombre vierte,
que flor, ave o mujer, muero por verte.

III

No sé si eres lucero
que anuncia alegre día,
o en tempestad umbría

ofrece un derrotero
al triste marinero;
empero ángel o hada,
o ave o flor preciada,
o mágico lucero;
para amar más la vida que la muerte,
es mi anhelo, señora, conocerte.

LOS OJOS DE...

¿Me preguntas, pintor, que como quiero
que pintes el mirar y la hermosura
de aquellos ojos do el Edén fulgura,
de aquellos ojos por que vivo y muero?

Copia el fulgor de matinal lucero,
de gacela apacible la dulzura,
de la tórtola amante la ternura,
el brillo del diamante lisonjero.

Los habrás de pintar grandes y vivos
donde luzca la antorcha bendecida
del noble meditar, muy expresivos,

Con dulce vaguedad indefinida;
¿quieres darles aun más atractivos
de apasionado amor? dales la vida.

A UNA DAMA

(En su álbum)

Con gozo mi pluma escribe
en tu libro de memorias
estos versos, que aunque humildes,
sinceros del alma brotan.
Mujer bendita del cielo
del cielo bendita esposa,
mujer que diste por hijas
en vez de mujeres, *rosas*.

Tú has debido ser tan bella

como la espléndida aurora,
mecerse debió tu cuna
entre perfumes y aromas,
ser debió tu primavera,
como ninguna, señora,
puesto que has dado por hijas
en vez de mujeres, *rosas*.

Las flores en tu himeneo
darte debieron coronas,
hicieron tu epitalamio
las dulces aves cantoras,
porque solo así pudieras
(tú la más bella entre todas)
dar a natura por hijas
en vez de mujeres, *rosas*.

Que premie el cielo tu unión
con el esposo que adoras,
que te celebren los genios
cual bella madre de hermosas,
y natura agradecida
al ver que tú, bienhechora
con un ramo de primores
has ornado su corona,
proclame que das por hijas
en vez de mujeres, *rosas*.

GLOSA

Razón que imperas en mí
¿porqué habré de mentir yo,
diciendo impasible *no*,
cuando el alma dice *sí*?

Al mirar tus bellos ojos
siento nacer la alegría,
porque truecan, vida mía,
en encanto, los enojos.
Al mirar tus labios rojos
donde el amor se atesora
mi pecho esclavo te adora,
y huyendo del frenesí
tengo que exclamar, señora,

«razón que imperas en mí».

Si observas en mi semblante
el delirio que me inspiras,
si con deleite me miras
y en mi seno palpitante
percibes el dulce instante
que ocasionas a mi alma,
¡qué vale que finja calma!
si el fuego que me abrasó
obtiene triunfante palma,
¿porqué habré de mentir yo?

¡Oh! no esperes que negarlo
pueda el pecho enardecido,
no puede estar escondido
tan dulce afecto; callarlo
es penar y acrecentarlo:
que en vano ¡ay Dios! mentiría
si al preguntarme algún día
si mi pecho te adoró,
yo respondiese, alma mía,
diciendo impasible, NO.

Tanto valiera negar
que eres bella y atractiva,
que el alba se muestra esquiva
si ve tus ojos brillar;
tanto valiera expresar
que el que llegó a contemplarte,
logró vivir y olvidarte,
alcance vivir sin ti,
si yo dijera NO amarte
cuando el alma dice SÍ.

SUS OJOS

Hay unos ojos divinos
fuente de dicha y dolores,
el cielo les dio colores
y el Señor su bendición.

Dioles la luna su encanto,
la palabra su armonía,

el amor su simpatía,
su elocuencia el corazón.

Aunque tiranos me miren
si los vela ingrato el sueño,
suspiro porque risueño
llegue el dulce despertar.

Si miran airados matan,
si suplican, enajenan
y si mandan, encadenan:
que es la gloria su mirar.

Brillan alegres, y es día
la noche: y ¡qué días bellos
son tales ojos si en ellos
miro el cariño lucir!

Miran tristes, y suspiro
en hondo y amargo duelo;
más si lloran... ¡santo cielo!
si lloran... quiero morir.

Soy el ave, tú la rosa:
diz que la rosa constante
del ruiseñor es amante...
yo seré tu ruiseñor.

Soy el verso, tú la musa:
Sin ti el verso no es poesía,
sin ti el son no es melodía,
ni da encanto al corazón.

Tú la miel y yo la cera
que te guarda; aquí en mi seno
de la existencia el veneno
truecas en miel y en pasión.

En el árido desierto
tú la brisa, yo la palma,
llega, oh brisa de mi alma,
con tu arrullo bienhechor.

Soy yo la tierra, tú el cielo,
bríllame siempre serena,
sé mi luna de amor llena,

sé mi cielo, yo tu amor.

LA PLEGARIA DE UNA VIRGEN

(Elena)

Solitaria y temerosa
pobre nave desvalida,
vago en el mar de la vida
en combate desigual.
¿Porqué, oh cielo, me robaste
el dulce materno amparo?
¿Qué seré sin su amor caro
ante el recio vendaval?

Huérfana triste del mundo
en el piélagos desierto,
¿quién en bonanza hacia el puerto
generoso me guiará?
¿Qué piloto entre las rocas
que oculta la mar traidora,
de su sana malhechora,
ay de mí, me salvará?

Si tú, cielo bondadoso,
me niegas la luz del día,
y ocultas en noche umbría
la estrella de salvación;
del desastroso naufragio
¿podré libertarme, ay triste,
cuando el escollo que existe
es mi propio corazón?

Oh destino, sé piadoso
con la pobre abandonada
que sin apoyo, confiada
se entrega a merced de ti.
De la tormenta bravía,
del escollo misterioso,
líbrame, cielo amoroso,
líbrame, cielo, de mí.

GUAMANÍ

(A mi buen amigo Andrés S.)

(Trova puerto-riqueña)

¡Conoces la alta cumbre
que allá en el suelo
de mi Borinquen bella
saluda al cielo;
verde montaña,
que corona altanera
campos de caña.

En su cima se elevan
las palmas reales,
y en sus faldas se mecen
los cafetales,
cuyos jazmines
bosque y prados convierten
en cien jardines.

El sol allí se asienta,
también la aurora
así conto la luna
del sol señora;
y musas bellas
de aquel frondoso Pindo
son las estrellas.

Llamola el indio cima
de Guamaní,
y diz que allí su gloria
mostró el Cemí
y sus fulgores
la comarca trocaron
en fruto y flores.

A tan grata eminencia,
del porvenir
un blando ensueño unido
va a mí existir;
que mi ventura
se cifra de los campos
en la hermosura.

Como templo de dicha
en la montaña,
alzaré yo algún día
dulce cabaña;
y a ser testigo
de mi gloria te llamo
mi grato amigo.

Oh, tú que fiel comprendes
con tu alma pura
que en el ruido del mundo
¡ah! no hay ventura;
tú que desdeñas
vanidad cortesana
y cual yo sueñas.

Allí la fértil zona,
del corvo arado
esposa virginal,
dará colmado
es en vario fruto
de abundante primicia
rico tributo.

Y el dulcísimo néctar
darán mis cañas
al brazo del labriego
jamás hurañas;
tacho y molino
harán dorado grano
y aun argentino.

Al paso que esparcidas
las mugidoras,
sus lácteas fuentes sanas
y bienhechoras;
el espumante
coco rebosarán
vivificante.

¡Y ves como se acrecen
a la ventura,
y su prole amamantan
en la llanura,
la aún no tocada,
con el belfo buscando,

gramínea ansiada.

¡Salud tendremos
salud bendita!
riqueza es de la gente
que el campo habita,
y que sin queja
despierta con el alba
y el lecho deja.

A las plantas y arbustos
nuestros sudores
prodigaremos y ellos
nos darán flores;
nuestra ternura
pagarán con su fruto,
con su aura pura.

Y cuando el alba asome
por su ventana,
bendeciremos juntos
a la mañana;
la fresca rosa
cogeré, apenas abra,
para mi hermosa.

Mira el alba, se ostenta
grata y festiva
con su manto fulgente
de lumbre viva;
Marzo en el prado
la saluda galante
y enamorado.

A sus pies tiende bello
manto precioso,
en matutinas perlas
rico, abundoso;
con verde y flores
la forma una guirnalda
de luz y amores.

Rico dosel la ofrecen
las nacarinas
nubes, también las flores
más peregrinas

olor ameno
la dan dejando el prado
de aroma lleno.

Entonce atronador
o manso el río
prodígala su estruendo
su murmurío;
entonce el viento,
jugando entre *bambúes*,
la da contento.

Zorzales y pitirres
y zumbadores
de las alegres selvas
dulces cantores,
la hacen halagos
practicando en las ramas
su giros vagos.

Y parece que dicen
en su alegría:
Despertad, oh natura,
que viene el día;
y al grato *hosana*
se muestra ufano el rostro
de la mañana.

Andrés, mi buen amigo,
¿qué habrá más bello
si de amor este cuadro
orna un destello?
¡ah! ¿si mi Eva
colmado aquestos goces
a Edén renueva?

La de dulce mirada
tierna sonrisa,
que en virginal cariño
mi vida hechiza,
vendrá y las flores
esparcirán más vivos
gratos olores.

Ella, sí, de mi frente
tristes memorias

borrará con su imagen,
y serán glorias
las que a su lado
pasaré; de los hombres
siempre olvidado.

Ven y sígueme pues
cuando a tu puerta
te llame; la morada
no es ya desierta
cuando da abrigo
a un libro y a una hermosa
y a... un dulce amigo.

(Habana, Octubre .)

AL NIÑO ALFREDO DE H. Y R.

Cabe el materno tálamo
se mece blanda cuna,
los dos amantes cónyuges
invocan la fortuna
con celestial cariño
para el dormido niño:
él sueña con los ángeles
que acaba de dejar.

Del niño el blando éxtasis
se ve en el rostro tierno
un voto amante, cándido
se pinta en el materno;
del padre en el sombrío
un pensamiento pío...
¡Que quiera Dios benéfico
sus votos escuchar!

De aquella el voto místico
gratísimo se encierra
en dar cual numen célico
un ángel a la tierra;
del padre el pensamiento
agítase violento:
que un *hombre* al mundo mísero
ha dado con su amor.

Al valle de las lágrimas
sé, Alfredo, bienvenido,
que sin espinas hórridas,
como en jardín florido
la vida te sonría,
y el sol de la alegría
te luzca siempre diáfano
sin nubes de dolor.

No quiero que maléfico
te inspire del poeta
el genio triste, indómito
que nubla su alma inquieta;
el numen que su lira
con fuego sacro inspira
con duelos amarguísimos
le enluta el corazón.

No quiero que, aunque espléndida
la lumbre de la gloria
te arrastre a senda ríspida
tras póstuma memoria;
tan fúlgida diadema
la sien ardiente quema,
y es sed horrible, hidrópica,
la sed de la ambición.

Que no te incite el mágico
lucir de la riqueza;
pues la codicia sórdida
del alma la belleza
deslustra y oscurece,
y en ella no florece
el árbol que da vívido
la dulce caridad.

De aquella el cielo líbrele,
letal sabiduría,
que al genio da sacrílego
altar de idolatría;
no mira en el humano
un corazón de hermano
y rinde culto al ídolo
de ufana vanidad.

Y si la senda plácida
de tu preciosa vida
de los abrojos ásperos
se viese entorpecida;
como el acero, en dura
se trueque tu alma pura
y pueda firme, intrépida,
la lucha provocar.

No brilles como un Sócrates
ni un Redentor Mesías
si el tiempo de los mártires
no es dado ya a tus días;
espléndido, divino
de aquellos fue el destino;
mas triste es en un Gólgota
morir... y no salvar.

Que digna sea y magnánima
tu ciencia, dulce niño;
que brille, sin crepúsculos
tu corazón de armiño;
no seque el pensamiento

--

la flor del sentimiento
y triste el hombre inspírete
cariño y compasión.

Y cuando el tiempo alígero
tras existencia pura
te lleve al yerto ámbito
de la región oscura,
familia, patria y hombre
den lauros a tu nombre
y clamen los arcángeles:
¡Alfredo, bendición!

(Habana, Noviembre .)

A MONTE EDÉN

¿Porqué al trepar la colina
que de ti fiera me aparta,
¡oh grata mansión! mis ojos

se llenan de tristes lágrimas?
¿Será que, ay de mí, no vuelva
hacia ti, mansión amada?
Quién lo sabe, que la muerte
do quier al hombre acompaña,
y acaso de este adiós tierno
un adiós eterno haga;
o tal vez quieran los cielos,
dulce mansión de mi infancia,
que allá cuando fiero el tiempo
mi cabeza vuelva cana,
venga a buscar en tu seno
una tumba solitaria.
Entonces tú, hogar querido,
con tus seibas y tus palmas
darás apacible sombra
a mi fúnebre morada-.
O quizás la dura mano
de la mísera desgracia
te haga pasar de los míos
a las manos ¡ay! extrañas,
y al volver yo peregrino
de mi fatigosa marcha,
no encuentre en ti los semblantes
que en otra edad me halagaban;
quizá el huracán impío
o el tiempo que ruinas ama,
te trueque en dolientes ruinas,
sin piedad para mi alma.
¡Ah! que entonces quiera el cielo
ya que a tu seno me traiga,
que tu nuevo posesor
o del huracán la saña,
respeten del desterrado
los recuerdos de la infancia.

(Puerto-Rico, .)

A UNA «DAMA DE NOCHE»

¡Oh! ¿dime qué pesar tu seno encubre,
qué triste desencanto
en esa tu faz bella,
dejó de un amarguísimo quebranto

la dolorosa huella?
¿Porqué te hastías
en medio de la fiesta rumorosa,
en que brindan risueñas alegrías
tanto airoso galán y tanta hermosa?
¿De un placentero amor lloras acaso
la pérdida doliente,
que fiero se llevó tu fe o ferviente
buscando vas tal vez, astro en ocaso,
el ángel de tus últimos amores?
¿Dónde el ingrato mora
que engendra así dolores
en el pecho del bien que ya le adora?
Inútil fue, por Dios, tu lozanía
(talismán ganador de corazones)
que emprende ya su vuelo
y a la burlona marchitez sombría
te lleva sin consuelo.
Horrible es tu ansiedad: los aquilones
de cada helado invierno
te muestran que tu hechizo no fue eterno,
y cada primavera
que brinda nuevas flores
a la tierna beldad, no lisonjera
contigo, te las da, pero marchitas;
cada terrible estío
te trae una nueva arruga
y con ella un pesar y nuevo hastío.
Tus artes multiplicas,
torturas tu tocado
porque encubra la huella que ominosa
te trae con cada sol el tiempo alado;
que ya como la luna
luces solo en la noche mentirosa,
¡la luna! que durante el claro día
nada, incolora, alumbra,
mostrando solo en palidez sombría
de su manchado disco la penumbra.
Ay de ti, desdichada,
pues temes que en tal guisa
de tu alma el gemelo
no reconozca en tu corola ajada
la flor hermosa que soñó su anhelo-.
¿Porqué, triste hermosura,
si buscas a tu alma desterrada
el ángel de su amor, porqué cuitada

te arrastras a la fiesta esplendorosa
do amor es mariposa?
¿Porqué sigues del mundo el vano ruido
con esa faz llorosa
y el ánimo de penas abatido?
¿Porqué en la dulce soledad modesta
no aguardas al rendido
amador? Para él molesta
cual para ti, quizás es la encantada
apariencia del frívolo contento
y ama, cual tú, gozoso apartamiento...
Empero ya comprendo,
flor de otoño angustiada,
que no te suenan mal ni vano estruendo,
ni férvidos placeres,
ni fiesta alborozada;
ni las mágicas perlas
que adornan la beldad de otras mujeres
fastidio te ocasionan.
¿Suspiras por tenerlas?
¿También cual ellas quieres
que se cure en su brillo tu quebranto?
¿Son ellas de tu llanto
la causa dolorosa
y no la soledad yerta, afanosa
de un casto corazón? ¡Ah, sí, deliras
por esas mismas perlas, no suspiras
por las que brinda amor puro y rendido!
¡Ya! el amor no las da, las da... un marido.

UNA LIMOSNA

Ante la puerta dorada
de Doña Inés, gran señora
que pasa risueña vida
entre primores y joyas,
un andrajoso mendigo
con faz de hambriento llorosa,
llamó pidiendo por Dios
una mísera limosna.
Asomose a los balcones
que sus paredes decoran
la doña Inés y al cuitado
iba a ahuyentar desdeñosa,

cuando vio que ojos testigos
de su soberbia, la acosan.
Lanzó con desdén al pobre
áurea pieza que sonora,
llevó al labio del mendigo
un ¡ah! de sorpresa loca
y sensible a gratitud
alzando la faz absorta,
vio de la bella el desdén
pintado en ojos y boca.
De los ojos del mendigo
de llanto cayó una gota,
como el acíbar amarga,
como el pesar dolorosa-.
Siguió triste su camino
hasta que vio que en carroza
espléndida, y de lacayos
y pajes en la custodia,
sobre cojines preciosos
acercábase Eleonora-.
Con buen corazón el cielo,
cual la más brillante joya,
a la bella había dotado,
haciéndola aun más valiosa.
Al ver, por tanto, al mendigo,
con piedad y con zozobra
a un galano pajecillo
que de servirla blasona,
mandó que lo diese al punto
caritativa limosna.
Y aquel, veloz y obediente,
de una riquísima bolsa
sacó argentina moneda
y al mendicante arrojola-.
La beldad, aunque su pecho
la humana desdicha toca,
tornó la mirada esquiva
de la miseria asquerosa-.
Por lo visto, este presente
la pena angustiada y sorda
del mendigo no calmó,
pues su lloro no se acorta-.
Mas por su bien te halló luego
dulce Elvira dadivosa:
con el ánimo afligido
pero a Dios alzando loa,

por el momento felice
de hacer bien que te ocasiona-
Intentas darle benéfica
el socorro que te implora;
mas, ay de ti, que has perdido
la caritativa bolsa,
y solo queda en tus manos
de cobre una pieza sola.
Dasla con gozo al mendigo,
con ese rostro de aurora,
con esos ojos piadosos,
que humedece la congoja,
con esa dulce sonrisa
que trueca la tierra en gloria-
De tu alma conmovida
palabras consoladoras
brotaron que del mendigo
las penas curaron todas.
Entonces... de sus pupilas
cayó una lágrima sola
de esas lágrimas de miel
que el cielo amoroso forja.

.....
Anoche soñé que un ángel
os volvía las limosnas
que disteis a aquel mendigo,
pues Dios devuelve con sobras,
y es prestarle dar al pobre
y consolar al que llora-
De Doña Inés la ganancia
en florada ebúrnea concha,
y con primor, se encerraba;
yacía la de Eleonora
en concha de ébano y nácar,
y la tuya, amiga hermosa,
en caja sobrado humilde
de cobre sencilla y tosca.
Abrió Doña Inés la suya
con faz altanera y torva,
y halló ser su donativo
lodo que al asco provoca;
una cristalina perla
halló la bella Eleonora,
en tanto que tú, divina
como el alma que atesoras,
hallaste en diamante hermoso

convertida tu limosna.
¡Ah! manantial de diamantes
es tu alma generosa.
El amor que tu alma dé
debe tener el aroma
que a tus dones presta el cielo:
el corazón que te adora,
¡ay! de tu amor es mendigo:
por Dios, bella, una limosna.

ÁNGEL TÚ... YA NO

Un ángel al Pindo bajó cierto día,
por él una musa de amor suspiró;
naciste, oh hermosa, de aquella armonía.
Su frente inspirada, su voz de ambrosía,
la Musa te dio.

e dio como madre, su forma hechicera,
su paso de ninfa, su queja de amor,
sus ojos de luna y gentil cabellera;
en tanto que el ángel, de célica esfera
te dio el resplandor.

Sonó en el Olimpo cantar de alegría,
entonces doliente el cielo gimió;
aquel una virgen gozoso adquiriría,
un ángel el cielo querido perdía
y el mundo aplaudió.

Y tú ante el aplauso, incauta ¡ay! olvidas
que Dios para el cielo el ángel formó.
Yo lloro ilusiones, cuán triste, perdidas
al ver ya tus alas al mundo vendidas...
¿ángel tú?... ya no.

EL ÚLTIMO BORINCANO

«De la anhelada victoria
»perdida ya la esperanza,
»podrá tan solo la muerte
»aliviar nuestra desgracia.

»Al fuego de los cristianos
»es la resistencia vana,
»y todo cede ante el filo
»de sus cortantes espadas.
»A sus golpes formidables
»tal vez sucumbido haya
»el más valiente cacique
»de la tierra de Agueinaba;
»sin su aliento poderoso
»y sin su brazo, ¡oh desgracia!
»¿qué intentaremos nosotros
»en situación tan amarga?
»Los cristianos nunca mueren,
»Borinquen su imperio guarda,
»¡ah! nuestra vida ocultemos
»en las ásperas montañas».

Así las indianas huestes
en su dolor exclamaban,
al ver en Yagüeca un día
destruida su arrogancia.
Unidos luego al caudillo
que fue un tiempo su esperanza,
el intrépido Humacao
que dio nombre a su comarca,
llevaron su duelo triste
a la sierra que elevada
saluda al sol cuando nace
y al Mar del Caribe, guarda.
Allí en aquella eminencia
el cacique, la pujanza
del bravo campeón cristiano
resistiera época larga,
ora asaltando llanuras
o haciendo de sus gargantas
un terrífico baluarte,
testigo de cien hazañas.
Allí sucumbió postrero
de las huestes borincanas-.
Y cuéntase que su sombra
en aquellas cumbres ásperas
do tiempo en tiempo se ofrece
a las vecinas miradas.

Yo imagino que su espíritu
fue bañado en la luz santa,
con que el cielo en su piedad

ilumina allá las almas:
que al sucumbir por su ley,
a ella fiel aunque pagana,
la eterna misericordia
tuvo en cuenta su ignorancia.
Y desde entonces errante
al ver en su tierra alzada
la digna cruz redentora,
se postra y tierna plegaria
eleva desde la altura
que fue su glorioso alcázar,
porque su tierra querida
deba a la cruz bienandanza-.
Tales son los ecos tristes
que allá en noche solitaria,
se escuchan en las alturas
de la ríspida montaña.
Tal la sombra vagabunda
que se divisa postrada,
en el *Yunque* gigantesco
cuando la luna lo baña-.
Al ver la cristiana grey,
del cacique la arrogancia,
la incansable intrepidez
con que lidió por su patria
y que loco era su empeño;
dio por nombre a la comarca
el de Sierra del Loquillo
y hora *Luquillo* se llama.

FIN